

PROTAGONISTAS DE AMERICA

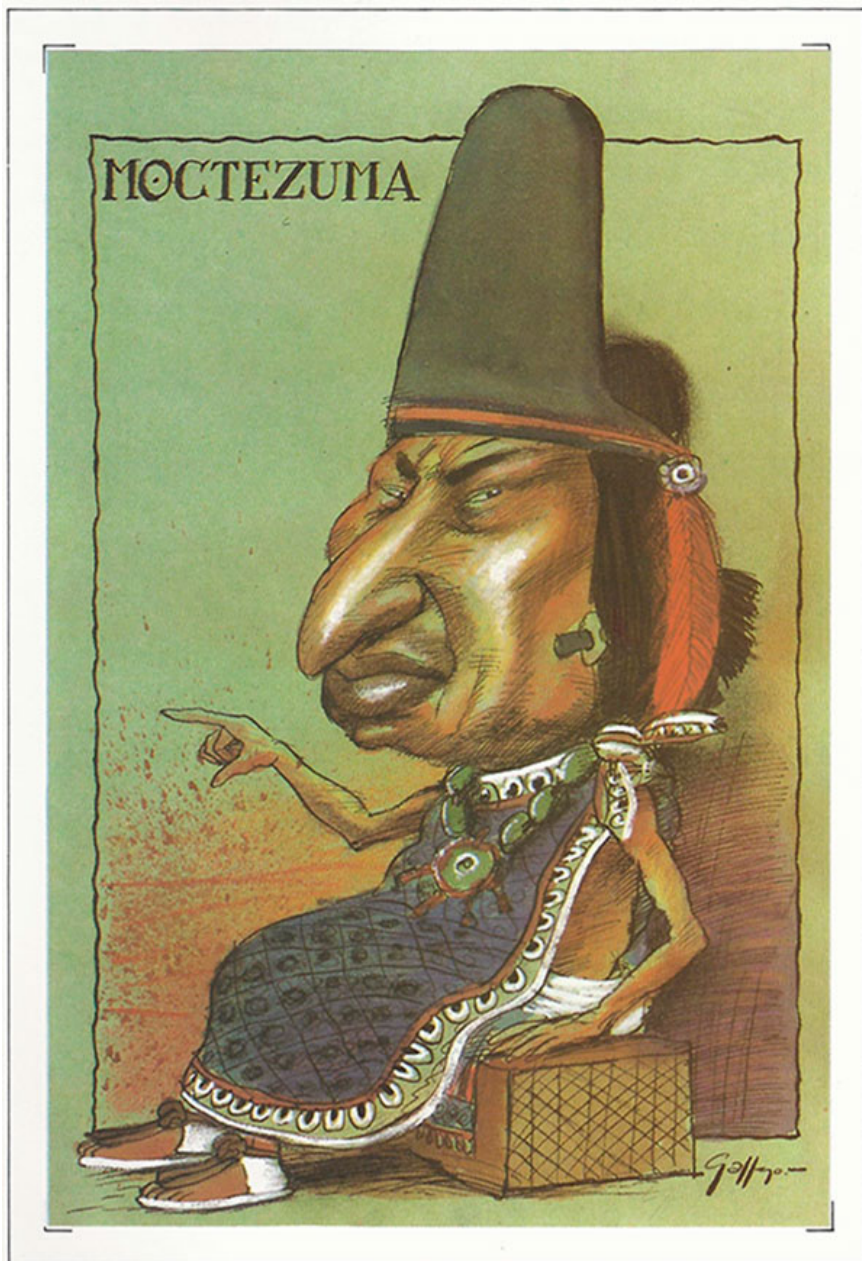
MOCTEZUMA

Germán Vázquez



1492-1992

Noveno tlatoani o rey de México-Tenochtitlan, nació en el año 1467. Ya antes de su acceso al trono destacó como sacerdote y guerrero. Realizó una política de pacificación de los focos rebeldes contra el poder azteca e impuso unas formas autoritarias de gobierno en el país. Intervino en la ordenación de la confederación de Estados que integraban la triple alianza de Tenochtitlan-Tezcoco-Tlacopan, para imponer su preeminencia. Tras la llegada de Cortés, intentó disuadirle de la conquista a cambio de ricos presentes. Pero no lo consiguió, y debió plegarse a las exigencias de aquél. Cuando trataba de aplacar a la multitud encolerizada por actuación de los españoles de Alvarado fue apedreado. A consecuencia de las heridas recibidas, murió en México en el año 1520.



UN HOMBRE EN LA FLOR DE LA VIDA

En 1502, Ahuitzotl, octavo *tlatoni* de México-Tenochtitlan, falleció a resultas de una enfermedad intestinal contraída en el curso de una campaña militar. Al conocer la noticia, el joven Motecuhzoma^[1], que se encontraba en la cuenca de Toluca, donde poseía varias propiedades, se apresuró a regresar a la capital azteca para hacer valer sus derechos al *icpalli* o trono.

Al no heredar el gobierno los hijos del *tlacatecuhtli*, sino lo sobrinos, la situación del consejo elector era bastante delicada, ya que había un gran número de candidatos, hijos del último señor, Ahuitzotl, y de sus hermanos Axayacatl y Tizoc, anteriores ocupantes del *tecpán* imperial.

En circunstancias normales, los descendientes de Tizoc, el hermano mayor, hubieran sido los candidatos con mayores posibilidades; pero la pusilánime conducta de su padre los descalificó. Aunque aquella eliminación clarificaba algo el confuso panorama, éste seguía siendo complejo: Ahuitzotl dejaba siete retoños y Axayacatl, seis. De todos ellos, hombres maduros y avezados en las cosas de gobierno, el contendiente más idóneo se llamaba Macuilmalinal, un medio hermano de Motecuhzoma; no sólo porque desempeñaba el cargo de *tlacatecatl* en el ejército mexica —un

puesto que se reservaba a los futuros *tlatoque*—, sino también porque contaba en teoría con el apoyo de su suegro Nezahualpilli, señor de Tetzoco, el poderoso aliado de México.

Por razones que jamás sabremos, Nezahualpilli rechazó la candidatura de Macuilmalinal y propuso la de Motecuhzoma. Expuesta la opinión del acolhua, la votación se inclinó con rapidez en favor del futuro adversario de Cortés:

Eligieren a Motecuhzoma II con tanta facilidad como queda referido, porque todos le tenían echado los ojos para el efecto, porque además de ser animosísimo era tan grave y reportado, que por maravilla le oían hablar palabra, y las veces que hablaba era en el consejo supremo con valor y fuerza (Diego Durán).

La decisión de los electores indignó a Macuilmalinal, quien tuvo que contentarse con la perspectiva de suceder a Motecuhzoma en caso de sobrevivirle. Tampoco quedaron satisfechos otros aspirantes, como Cuitlahuac o los dos hijos de Tizoc, Imatlacuatzin y Tepehuatzin. La elección abrió una fisura en el monolítico grupo de los *tlazopipiltin*, que la posterior conducta del agraciado transformaría en una insoldable división.

Si el *tlatoani* acolhua pensaba que Motecuhzoma iba a ser un dócil peón en sus manos, la reacción del mexica corroboraría, sin duda alguna, su idea. Antes que los cuatro consejeros iniciaran la discusión de las candidaturas, Motecuhzoma, que había asistido a los protocolos preliminares, abandonó discretamente la sala. Tomada la decisión, los magnates buscaron con la vista al favorecido; pero éste no se encontraba entre los asistentes. Conociendo el talante del joven, los notables enviaron una comisión al templo de Huitzilopochtli, donde, en efecto, hallaron al nuevo *tlacatecuhtli* ocupado en la humilde tarea de barrer el piso del santuario.

Al conocer la nueva, Motecuhzoma dejó la escoba y siguió a los heraldos al salón real, entrando en él con paso grave y serio semblante. Impávido escuchó la notificación oficial y después, rompiendo el ceremonial, se retiró de nuevo para finalizar la inacabada labor. Sólo cuando quedó satisfecho de su actividad como barrendero, regresó al salón para someterse a los rituales, que incluían la dolorosa horadación de la ternilla nasal y diversas sangrías en brazos y piernas.

Hecho esto, los consejeros pronunciaron elocuentes discursos, recordándole sus funciones militares, así como las obligaciones religiosas y sociales del cargo. La respuesta de Motecuhzoma —hombre altanero y orgulloso— llenó de satisfacción a los oyentes. Tres veces trató de comenzar el parlamento; pero copiosas lágrimas se lo impidieron. Al fin, controlándose, dijo modestamente:

Harto ciego estuviera yo, oh buen rey, si no viera y entendiera que las cosas que me has dicho ha sido puro favor que me has querido hacer; pues habiendo tantos hombres tan nobles y generosos de este reino, echaste mano para él del menos suficiente que soy yo. Y cierto que siendo tan pocas prendas en mí para tan arduo negocio, que no sé qué me baga sino es acudir al señor de lo criado que me favorezca, y suplico a todos los presentes me ayuden a pedírselo y suplicárselo (Códice Ramírez).

Con estas cuerdas palabras, más propias de un sesudo anciano que de un hombre de treinta y cuatro años, Motecuhzoma abrió un nuevo capítulo en la historia de México-Tenochtitlan, que se prolongó hasta 1520.

Su gobierno está marcado por un hecho sin parangón en los anales del planeta: el encuentro entre las civilizaciones del Viejo y del Nuevo Mundo. Si Hernán Cortés no hubiera desembarcado en los médanos de Chalchiuhuecan, la

vida de Motecuhzoma Xocoyotzin habría transcurrido por caminos muy distintos. Cuando los barbudos seres del Este irrumpieron en el Anahuac, Motecuhzoma estaba empeñado en una serie de importantes reformas, que le indispusieron con casi todos los sectores de la sociedad mexicana. Tal como se presentaba la contienda, el *tlacatecuhtli* llevaba las de perder y, posiblemente, hubiera pasado a la historia como un soberano egótico e impopular, es decir, sin pena ni gloria. Mas el inesperado encuentro de 1519 trastocó el curso de Clío, convirtiendo al insignificante déspota en una figura señera de la historia mundial. Por eso, conviene iniciar el presente ensayo con un perfil psicológico de nuestro biografiado, imprescindible para captar de forma correcta su agitada existencia.

Según se desprende de los textos virreinales, *el tlatoani* nació en 1467 o 1468 en Aticpac, uno de los *calpulli* o barrios de Tenochtitlan. Hijo de Axayacatl, sexto señor de los aztecas, y de una dama noble de Iztapalapan, poco o nada podemos decir sobre su infancia, velada por las brumas del misterio. De hecho, sólo un autor del siglo XVI, un pintoresco personaje llamado Juan Suárez de Peralta, tocó el tema, recogiendo una significativa anécdota en su *Tratado del descubrimiento de las Indias*. Cuenta el cronista que durante la estancia de Motecuhzoma en el *calmecac* —un centro educativo reservado a la nobleza—, el futuro *tlatoani* se entretenía jugando a las guerras con otros muchachos. El infante, que —dicho sea al paso— siempre se *pedía* el papel de general, tomaba tan en serio la actividad que cuando:

Veía que alguno de los muchachos era cobarde y lloraba algún golpe que le daban peleando, lo mandaba traer delante de si y vestirle con una camisilla de mujer, que llamaban huipilli, y traerle a la vergüenza delante de los otros muchachos, y no le admitía más en sus guerrillas, porque decía que mostraría a huir y a llorar a los otros.

Si el dato es verídico, y no hay razón para dudarlo, la efeméride refleja a la perfección el carácter duro e inflexible de Motecuhzoma, una persona que despreciaba al individuo y le subordinaba al bien colectivo.

Pasó el tiempo y el niño creció en altura y saber. Al alcanzar la edad adulta, el *tlatoani* presentaba una apariencia exterior poco llamativa, pero bastante agradable si hemos de creer a los conquistadores castellanos:

Era el gran Moctezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado y pocas carnes, y el color ni muy moreno, sino propio color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas, prietas y bien puestas y ralas (Bernal Díaz).

Empero, lo que atraía a los interlocutores no era la talla —que en cierto modo respondía al apelativo *xocoyotl* (el pequeño), adoptado para diferenciarse de su bisabuelo—, sino el semblante. Poseía el *tlacatecuhtli* uno de esos rostros en forma de triángulo invertido que producen en el espectador impresión de vivacidad e inteligencia; impresión que aumentaba la aguileña nariz, la perilla y, sobre todo, los ojos, cuya mirada denotaba amor y cuando era menester gravedad (Bernal Díaz).

Ojeando las descripciones de los soldados cortesianos sobre el físico del dignatario mexica, el lector tiene la sensación de que el *tlatoani* se mostraba tan estricto consigo mismo como con sus súbditos. Un análisis somero de la vida cotidiana del monarca corrobora el aserto. Así, por ejemplo, al buen Bernal Díaz le sorprendió el alimento de Motecuhzoma; no obstante, asevera otro cronista, Francisco de Aguilar, *lo que él comía era poco*. La frugalidad y autodisciplina del mexicano, tanto más llamativa cuando se recuerda la magnificencia de la corte imperial, se extendía a otro aspecto también importante, la vida sexual: *Tenía*

muchas mujeres por amigas, hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba de ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber (Bernal Díaz).

Por supuesto, algún autor malintencionado afirma todo lo contrario, transformando a Motecuhzoma en un sátiro lúbrico y libidinoso, que ingería afrodisíacos para prolongar censurables placeres.

Comidillas aparte, el *tlatoani* poseía otras cualidades. Limpio, elegante, refinado y de perfectos modales, Motecuhzoma trataba con deferencia a aquel que mostraba buena educación; pero castigaba sin piedad al infeliz que no guardase la debida compostura. Al respecto, se cuenta que amenazó a sus donceles con flecharles o quemarlos vivos si mentían, tartamudeaban o venían a recibir órdenes corriendo o sudando.

Ahora bien, yerra quien piense que el emperador actuaba de manera injusta o arbitraria. Creyente hasta el absurdo en las leyes sociales —oficiales o consuetudinarias—, el *tlatoani* exigía que nobles y plebeyos, extranjeros y compatriotas, las acatasen al pie de la letra. Al igual que su futuro rival, Hernán Cortés, Motecuhzoma poseía una mentalidad leguleyesca, que le conducía al extremo de aplicar la ley sin ninguna consideración; pero a diferencia del extremeño, el *tlacatecuhtli* era el primero en cumplirla. Motecuhzoma no se limitaba a tentar la probidad de los magistrados por intermedio de agentes secretos o a castigar con dureza las infracciones, sino que él mismo se autocriticaba en público cuando violaba alguna disposición.

Naturalmente, el segundo supuesto ocurría pocas veces, pues el sagaz *tlatoani* jamás actuaba de forma irreflexiva. Véase sino el siguiente ejemplo. Cuando participaba en alguna campaña militar, nunca aceptaba los manjares que le ofrecían los señores de los lugares por donde pasaba el ejército, contentándose con el indigesto rancho del solda-

do raso. El emperador, paradigma del guerrero perfecto, debía dar ejemplo en todo a sus subordinados.

Lo expuesto lleva a plantear la cuestión del valor de Motecuhzoma, tema vital para comprender las últimas actuaciones del emperador.

En principio, sería una falacia poner en duda la valentía del gobernante mexicano. Desde la campaña de Cuauh-tlan, en la cual participó como recluta, hasta la de Nopalan, dirigida por el emperador para obtener las víctimas necesarias que engrandecieran la ceremonia de investidura, la carrera militar de Motecuhzoma está jalonada de laureles y actos heroicos. Resuelto, disciplinado e intrépido, alcanzó el alto grado de *tlacochcalcatl*, ganándose con ello un puesto en el consejo cuatripartito de Tenochtitlan. Era, asimismo, uno de los *cuachictin* o *cabezas rapadas*, rango que se reservaba a los militares que habían efectuado proezas atrevidas y excepcionales.

El título, sin embargo, resulta un tanto sorprendente, pues los tenochcas veían en los *rapados* a unos seres imprudentes e irresponsables, sin capacidad para el gobierno; defectos que, evidentemente, no tenía nuestro personaje. Por el contrario, Motecuhzoma —ya lo he señalado— era una de esas personas prudentes y reflexivas que nunca dan un paso sin meditar largo y tendido, pero que, una vez adoptada la resolución, jamás cambian de opinión.

Tenaz y hábil, perseverada hasta lograr el fin previsto. Su conducta como aspirante al *icpalli* corrobora la interpretación.

Motecuhzoma, quien, según una fuente, siempre deseó gobernar, preparó a conciencia la candidatura. Así, no sólo se hizo notar en el campo de la milicia o de la religión, sino que, consciente de los ocultos entresijos de la política, maniobró para ganarse el favor de los electores.

Algunos años antes de la muerte de Ahuitzotl, se desposó con la hija del rey de Ehecatepec y le sucedió tras su fallecimiento. El matrimonio le proporcionó algo más im-

portante que la simple práctica gubernamental, el apoyo del *tlatoani* de Tlacopan, uno de los dos aliados de Tenochtitlan y, por ello, miembro del cuerpo electoral. En otros tiempos Ehecatepec, una ciudad de filiación étnica tepaneca, formó parte junto con Tlacopan de un poderoso Estado, que, sometido a los mexicas, quedó en una posición inferior.

Una segunda alianza matrimonial, contraída con Miahuaxochitl, princesa de Tula, cimentó los derechos de Motecuhzoma, ya que gracias al himeneo se convirtió en heredero de los toltecas, dueños y señores del Anahuac *in illo tempore*.

Respecto a la relación del futuro *tlacatecuhtli* con el otro aliado, Tetzcoco, nada sabemos, salvo que existió. Nezahualpilli no antepuso a Motecuhzoma a su yerno, Macuilmalinal, por capricho. Sin duda, la humilde actitud de Motecuhzoma —inteligente, piadoso y valiente, pero aparentemente dúctil— influyó en el voto del acolhua.

No obstante, el carácter de Motecuhzoma, perfecto *a priori*, poseía unos rasgos negativos que lo convertían *a posteriori* en un individuo odioso. El temor al fracaso y marcadas dudas sobre su capacidad —facetas típicas de un hombre rígido en exceso consigo mismo— le llevaban a mostrarse firme y duro como la obsidiana.

Pero lo más nefasto del *tlacatecuhtli* era su marcado elitismo. Creía que las cualidades y defectos de los seres humanos dependen de la clase social. La idea, ajena a las pautas culturales aztecas, reflejaba el egocentrismo de Motecuhzoma, otra de las constantes de su compleja *psiquis*.

Este insuficiente bosquejo de la personalidad del *huey tlatoani* quedaría incompleto si olvidásemos hacer una breve mención a la religiosidad de nuestro biografiado.

Los historiadores, antiguos o modernos, se muestran unánimes a la hora de tratar el tema. Según ellos, Motecuhzoma, antiguo *teopixqui* o sacerdote, era un fanático, un individuo notoria y mórbidamente religioso, aun para la épo-

ca. La reacción del *tlatoni* durante la elección, la conducta desarrollada ante Cortés, los largos períodos de aislamiento, en fin, toda la vida del emperador, habla en favor de lo señalado.

Personalmente, discrepo de la opinión general. A mi entender, Motecuhzoma tenía poco de fanático y menos de mojigato. Ambicioso y calculador, fingía respetar las ideas del pueblo mexicana; pero en su fuero interno, como buen político, no creía en ellas, Para él, las abstractas concepciones teológicas no pasaban de ser un mero instrumento de control social, un mecanismo que convenía no olvidar a la hora de gobernar.

El fervor y la devoción de Motecuhzoma debe, pues, reducirse a la dimensión real: se trataba de una astuta pose, destinada a ganarse el apoyo del clero y de la plebe.

Así, y no de otra manera, era Motecuhzoma Xocoyotzin, cuyo nombre encuadra a la perfección con su carácter, pues Motecuhzoma significa, en lengua náhuatl, *El señor iracundo*.

UN DÉSPOTA EN EL PODER

En 1503, Motecuhzoma Xocoyotzin se convirtió en el noveno señor de México-Tenochtitlan. Apenas se asentó en el *icpalli*, aquel hombre, modesto con los dioses y respetuoso con los hombres, experimentó una radical transformación, convirtiéndose en un déspota, en un tirano que conmocionó la vida política del Anahuac.

Mas tan autocrítica conducta tenía una poderosa razón de ser: el Estado azteca se desmoronaba presa de sus contradicciones internas; sólo una política férrea y dictatorial podía evitar el cercano desastre.

El imperialismo mexicano, que alcanzó el cénit durante el mandato del anterior gobernante, provocó la aparición de una nobleza militar que no tardó en expulsar a la *pillotl* de sangre del aparato del Estado. Expulsión que, ciertamente, no inquietó a los descendientes de Acamapichtli, el primer *tlatoani*, pues sus intereses particulares se orientaban hacia las grandes propiedades que poseían en el Valle de México, donde se había desarrollado un sistema económico de tipo feudal. Por otra parte, en el corazón del imperio, en la populosa ciudad de Tenochtitlan, las actividades artesanales y mercantiles originaron una incipiente clase protoburguesa, cuyos intereses no concordaban siempre con los de *tlacatecuhtli*. No finalizaba aquí el complejo mosaico social. Los plebeyos, que conservaban numerosas

franquicias democráticas, carecían de medios de subsistencia y dependían cada vez más de onerosas campañas militares para sobrevivir. Por último, los Estados aliados y vasallos se mostraban inquietos ante la hegemonía de Tenochtitlan, que amenazaba con romper el *statu quo* tradicional.

A comienzos del siglo XVI, la sociedad del México antiguo presentaba, pues, infinidad de contrastes conflictivos, los cuales, tarde o temprano, provocarían la ruina del poder mexica. Consciente de ello, el inteligente Motecuhzoma emprendió una serie de reformas para dar cohesión al incoexo Estado.

Las primeras medidas afectaron a los plebeyos, que fueron expulsados de la función pública. Poco importaba que aquellos veteranos hubiesen derramado su sangre en infinidad de batallas u ostentasen el dictado de *tecutli*; eran plebeyos y tal condición los convertía en seres indeseables.

Del mismo modo, los hijos bastardos, que nunca tuvieron problemas en el México azteca, también sufrieron la represión imperial, porque, según afirmaba el *tlacatecuhtli*, el hijo de una *macehualli* o de una esclava *siempre tendría así resabio de acudir a ta bajeza de su madre* (Diego Durán). No resulta, por tanto, nada extraño que el aborto, practicado hasta entonces sólo por la clase dominada, se hiciera moneda corriente entre las concubinas nobiliarias. Al respecto, cuentan las crónicas que ciento cincuenta mancebas de Motecuhzoma, que se encontraban en estado de buena esperanza, cortaron el embarazo al mismo tiempo, convencidas de que los retoños carecerían de porvenir.

La purga, iniciada por medios pacíficos, culminó con un baño de sangre. Tras regresar de una victoriosa campaña contra Xaltepec, el emperador rompió el protocolo y se negó a entrar victorioso en México. Pretextando cansancio, se quedó en una finca cercana y envió al *cihuacoati* —un cargo semejante al del visir islámico— con orden de asesinar a los ayos de los príncipes y a las amas que guardaban el serallo imperial. Para saber si se cumplía el cruel mandato, el

tlatoni, aprovechando la noche, se presentó en el *tecpan* de forma inesperada.

Dos razones impulsaron las arbitrarias medidas del electo emperador: la envidia y el clasismo.

No cabe duda que Motecuhzoma temía la popularidad de su antecesor. Ahuitzotl, guerrero antes que gobernante, no se fijaba tanto en la cuna como en las cualidades de la persona. De ahí las grandes simpatías con que contaba; simpatías que, sería absurdo negarlo, se extendían a sus hijos, futuros aspirantes al *icpalli*. La excusa oficial —que a mí no me parece ilógica— fue evitar murmuraciones y comparaciones; pero el motivo real era otro: impedir conspiraciones, pues, como el propio emperador afirmó, *siempre me han de hacer vivir con sobresalto* (Diego Duran). No le faltaba razón al *tlatoni*. Cuauhtemoc, último señor de Tenochtitlan, no sólo era el primo de Motecuhzoma, sino el hijo de Ahuitzotl.

Respecto de la segunda idea, poco hay que añadir a lo expuesto en el capítulo precedente, salvo transcribir un revelador párrafo. Que, no importa su veracidad, refleja a la perfección el pensamiento de Motecuhzoma. Tratando el tema, el padre Diego Duran afirma que el *tlacatecuhtli* justificó la reaccionaria medida con la siguiente metáfora:

Porque, como las piedras preciosas que parecen estar fuera de su lugar entre los pobres y los miserables, de la misma manera los de sangre real están mal entre las gentes de extracción humilde. Igual que las humildes plumas no lucen bien entre las ricas, las que vienen de los grandes señores no les quedan bien a los trabajadores y a sus hijos.

Ahora bien, ¿nos encontramos ante una simple manifestación de clasismo o, por el contrario, hay factores más profundos? La purga, por supuesto, responde en parte al elitismo del antiguo *teopixqui*; mas también al innegable deseo